

PAMELA K. PAULIEN

La historia de un amuleto del amor

Las fotografías son trozos de papel
totalmente cubiertos de eoción (y emulsión).
Judy Weisner

La historia de un amuleto del amor

¿Cuándo comenzamos a manifestar nuestro afecto por los demás y cuándo a utilizar objetos para demostrar ese afecto? Si tuviéramos en cuenta el cariño que nos prodigamos los mamíferos, deberíamos afirmar que desde antes de nuestra humanización -los primeros "fósiles del amor", fueron flores encontradas en un enterramiento Neanderthal. Hombres primitivos llevaban amuletos para evocarse tanto a sí mismos como a los suyos. Estos amuletos son omnipresentes a lo largo de la historia de la humanidad, tanto que la simple enumeración de las varias formas que han tomado constituye por sí misma un catálogo: relicarios, lazos, pañuelos, autógrafos, medallones, cartas, etc. En un principio se conservaban incluso los restos de los seres queridos: cabellos, dientes de niño, huesos -considerados sagrados- y cenizas. Posteriormente, al hacerse nuestra cultura más compleja, los artículos se volvieron, a su vez, más sofisticados e incluyeron retratos, cartas o grabaciones. Entre los últimos podríamos incluir ciertos tipos de fotografía, como el álbum de instantáneas que toda familia posee, incluso los retratos formales que inmortalizan las bodas u otras ocasiones únicas.

Los amuletos amorosos antes de la invención de la fotografía

Diversos tipos de retratos han sido utilizados como amuletos a lo largo de los siglos. ¿Quién puede discutir que el mejor recuerdo de la persona amada es una imagen? Existen y existieron en mil formas: camafeos, pintura al encausto, mosaicos, esculturas de mármol o cera, dibujos, cerámicas, óleos, grabados, etc.; pero éstos eran tesoros accesibles a unos pocos, por coste, singularidad o rareza. Cabe recordar que en aquellos tiempos -como la muda de ropa que acompañaba a nuestros antepasados de la cuna a la tumba- los amuletos eran también objetos únicos y por ello preciosos. Llegada la industrialización, la adquisición de bienes estuvo al alcance de muchos y aunque en un primer momento la producción se limitó a artículos de primera necesidad (telas, cerámica, herramientas o mobiliario), el amuleto amoroso también fue producido en serie.

Durante el siglo anterior al advenimiento de la fotografía, aumentó el deseo de poseer una imagen del ser amado. Artistas itinerantes retrataban a familias pobres o ricas con maestría directamente proporcional a las respectivas economías. Las técnicas iban desde las acuarelas sobre marfil hasta las siluetas recortadas de cartulina negra que, naturalmente, también cumplían su función, pero se adecuaban más al bolsillo humilde y hasta se inventó una máquina, el fisionotrazo, que facilitaba la tarea de inmortalizar el perfil elegido.¹ Como era la costumbre, las familias guardaban en álbumes: autógrafos, dibujos y siluetas. El fenómeno de la acumulación fue un excelente caldo de cultivo para los amuletos entre los que destacó la fotografía, arquetipo de la era de la ciencia y la mecanización, que echó raíces y floreció definitivamente como medio elegido para la nostalgia.

La aceptación y uso de la fotografía

Todas las técnicas de fotografía fueron muy populares: de los daguerrotipos a las cartes-de-visite y toda familia comenzó de inmediato su propia colección: todo lo que estuviese relacionado con la fotografía era novedad. La visita al daguerrotipista tenía lugar para muchos, una vez en la vida y su resultado era una pieza irremplazable e irreproducible, presentada en delicadas cubiertas de piel y terciopelo. Sin embargo, este proceso basado en larguísimas exposiciones era agotador y además tenía la desventaja de no poder ser retocado para favorecer al modelo, un logro menos artístico que científico. La veracidad de la cámara hería susceptibilidades, siendo incluso humillante a veces.

¡Alabado sea el negativo! que permitió, a través del "milagro social" del retoque, adelgazar a las mujeres y eliminar las arrugas de los hombres. Los procesos de negativo en colodión y positivo en albúmina eran técnicamente más simples y fueron explotados socialmente como carte-de-visite (el visitante dejaba una fotografía de sí mismo, recuerdo de su visita). Éstas, además de ser las primeras en ser producidas en gran número, tenían un tono más histriónico y su intención era la de divertir al receptor.

La técnica más democrática no era ni el lujoso daguerrotipo ni la burguesa carte-de-visite, era el ferrotipo, un proceso fácil y cuyos ingredientes no eran costosos: una placa metálica laqueada con emulsión por uno de sus lados, que los fotógrafos itinerantes utilizaron con espontaneidad y visión comercial ofreciendo sus servicios donde y a quien quiera que no había antes.

La fotografía profesional y el retrato de estudio

Lo que todos estos procesos tenían en común era que los secretos del cuarto oscuro pertenecían a los profesionales. La dificultad y a veces hasta el peligro intimidaban al lego, haciendo imposible el evitar desplazarse al estudio para retratar a la familia.

Los primeros fotógrafos profesionales amasaban fortunas, por la novedad y por la dificultad de su oficio. Sus estudios eran literalmente palacios, como el de Nadar, en París o el de Sarony, en Londres. Kaulak, que perteneció a la segunda generación de fotógrafos, abrió el suyo en Madrid y nunca cesó de envidiar a los pioneros Martínez y Alviach, cuyos clientes habían sido menos exigentes y sus beneficios más fáciles de obtener.

Al estudio se iba a fijar en el tiempo aquellos ritos u ocasiones especiales en los que se reunía la familia: nacimientos, comuniones, matrimonios y muertes. En estos primeros cuarenta años de la fotografía, el método no difería de las siluetas o retratos miniaturas realizados antes y se mantenía toda la etiqueta del retrato: los mejores atuendos, la pose, el contexto irreal, el mejor ángulo y posteriormente el retoque. El resultado ofrecía más un icono, que la personalidad y rasgos del fotografiado. De cualquier modo, los retratos formales eran las únicas imágenes que las familias poseían de sí mismas.

La fotografía llega al hogar

En 1888 la cámara Kodak N.º 1 cambió radicalmente todo aquello. Su eslogan era "Presione usted el botón, nosotros haremos el resto". No se requerían conocimientos especiales, no era necesario enfocar y, además, Kodak revelaba la película. Por primera vez, la familia pudo fotografiarse a sí misma en la intimidad.

Todo cambio tecnológico supone un período de adaptación para aquellos que lo sufren. La espontaneidad cambió los umbrales de "lo aceptable" para siempre; uno podía confiar su imagen a un profesional, pero no a un salvaje armado de una Kodak. Los kodakeros transformaban sus excursiones en incursiones, en safaris urbanos y todos eran presa. La playa fue tierra de nadie y el objetivo cazar a los amigos en sus más ridículas posturas o a las señoritas en traje de baño. Sobrevino el rechazo público y, como consecuencia, los depredadores debieron atenerse a ciertas reglas no escritas que respetaban las normas sociales. Una vez domados, los aficionados reemplazaron a los profesionales en todos los casos, salvo en los acontecimientos de importancia.

Las reglas no escritas de la fotografía familiar

La mayoría de nosotros toma fotografías o las colecciona siguiendo ciertas normas, sin tan siquiera detenernos a pensar en ello. Todo está en su lugar, nuestros coches resplandecen, nuestra casa es nueva y nuestra familia está en paz, feliz. Inconscientemente comunicamos nuestros valores culturales. Por ejemplo, las fotografías instantáneas japonesas reflejan su respeto por ceremonias de despedida: el dejar una casa, por citar un caso; las nuestras, por las bienvenidas: el llegar al nuevo hogar.

Las instantáneas son un diario personal, sin fin intelectual, ni estético, un simple banco de recuerdos. Una unión poderosa y sin embargo distorsionada, ya que sólo los momentos relevantes tienen su lugar en la memoria pero entre aquellos sólo registramos los momentos felices. Nosotros fotografiamos viajes, fiestas, vacaciones y para los que son irrepetibles -como bodas o comuniones- contratamos a un profesional para que la imagen en nuestra memoria sea perfecta.

Por tanto, no interesa quién las realice, es intrascendente. Uno escucha: ";Venga, haz una foto!" y ve cómo el sujeto posa. En el caso de los turistas, el fotógrafo es aún menos importante, lo que interesa es capturar el sujeto en un contexto especial.

Contrariamente, cuando un profesional vuelve la cámara hacia su familia, la intención va más allá de la instantánea, se salta las reglas no escritas. Persigue aquellas imágenes en las que uno no gustaría película: lo diario, lo banal, lo feo-como cuando Edward Weston fotografía la angustiada jaqueca de su hijo-. Son situaciones tan importantes como cualquier otra, pero son dolorosas e intentamos olvidarlas cuanto antes.

Las emociones fotográficas: la instantánea como amuleto

Las instantáneas son poderosas ayudas de la memoria, nos transportan en el tiempo con sólo mirarlas. Psicólogos utilizando fototerapia descubren que sus pacientes entran en ligeros trances hipnóticos mientras miran fotografías. Nuestra memoria se proyecta hacia la fotografía y al intentar reconstruir el contexto, conectamos con aquéllos a los que amamos como eran en el momento captado: "la mente da un salto cognoscitivo que pone en el mismo plano la instantánea y el haber estado allí.

La instantánea es el único retrato que recoge al ser amado en un tiempo y en un contexto, que permite reinterpretar y revivir el pasado, transformándose así en uno de los más efectivos y potentes amuletos amorosos de la humanidad.

Texto traducido por Claudio Molenari